
Editorial

Hoy nos sentimos incómodos con una politología que da muestras de intrascendencia, y a veces de esterilidad, cuando los jóvenes que se acercan a ella para comprender la vida en el siglo veintiuno apenas obtienen lo que buscan.

Todo apunta a que se está produciendo una cierta decadencia de la ciencia política convencional.

No es la primera vez que esto ocurre. La catástrofe de la Segunda Guerra Mundial, el auge del nazismo y singularmente el holocausto pusieron en evidencia una ciencia que se basaba en el derecho público y en la historia de las instituciones y las formas políticas.

El fracaso de aquella politología dio paso a una nueva manera de hacer las cosas que buscaba en otras ciencias modernas el ejemplo a seguir. Por ello, se tomó de la antropología el concepto de cultura; de la matemática se adquirieron las técnicas estadísticas y el dibujo de curvas; de la física, su rigor conceptual; y de la economía, por último, sus planteamientos racionalistas. El resultado fue una explosión de la investigación empírica que se lanzaba a la calle para llevar a cabo trabajos de campo y observaciones directas de la realidad. El objeto de estudio o *explanandum* era el comportamiento de los individuos y la actitud predominante entre los investigadores era la de comparar. En 1975, el término *política comparada* era ya en Estados Unidos sinónimo de investigación empírica.

El legado de este interés por la investigación empírica se reforzó al apreciarse ésta como defensa académica contra la violencia del radicalismo, bien fuera religioso o ideológico. Si la ingeniería política quería salir adelante, se tenía que hacer un hueco entre estas dos grandes formas de instruir al ciudadano que operaban mediante una moral religiosa o una ideología revolucionaria.

El miedo a que se pudieran repetir las guerras del siglo veinte, guerras prácticamente civiles, intracristianas, exigía la búsqueda de, como se decía entonces, un nuevo *enfoque de investigación*. Ello implicaba conceptos, métodos de trabajo y problemática diferentes a las que habían utilizado las

religiones y las ideologías con resultados deplorables, ya que entre ellas no había sido posible sino la confrontación bélica.

De manera comprensible se invirtió mucho dinero en una nueva politología que huía como del diablo de todo lo que sonara a espiritualidad o a convicciones internas fundamentales del individuo. Prácticamente había consenso al pensar que en el mundo interno no cabe objetivar las *doxai* u opiniones públicas en pugna.

El auge del empirismo fue teniendo lugar con las mejores intenciones y en un momento favorable a ello. Todos sus avances del periodo 1950-85 se deben a esta intención de renovación y construcción.

Pero desafortunadamente el abandono de lo religioso y lo ideológico se hizo con precipitación. La abundancia de dinero que llegaba a la profesión llevó a los nuevos politólogos a arrinconar todo lo que no fuera trabajo empírico, exterior y observable. El desplazamiento fue tan violento que adquirió los caracteres de una verdadera moda intelectual y pronto hizo sufrir a aquella parte de la profesión encargada de cultivar la tradición de la teoría genuina, de los escritos de los maestros de la ciencia política. Quedaba atrás el plantearse las grandes preguntas sobre las cuestiones centrales de la vida.

El clima de desconfianza hacia la teoría era general. Si la izquierda marxista renegaba de la metafísica, la religión desconfiaba de la nueva filosofía atea o agnóstica. Y poco a poco la ciencia política fue estableciéndose como un dominio rígido de la investigación comparada, de la búsqueda del *crucial case study* y del análisis de los procesos de gobierno que eran observados y estudiados como las conexiones y los acodos de las tuberías de una factoría.

La teoría política, que también había procurado distanciarse de la filosofía política previa, se vio hostigada de todas las maneras posibles y por todos los flancos. Así no tuvo más remedio que conformarse con una posición minoritaria y esperar a que pasase el tornado. Los especialistas en teoría política se dedicaron en buena parte a trabajar la historia de las ideas, que con el tiempo pasó a llamarse historia intelectual, y muchos optaron por hacer trabajos especializados sobre pensadores consagrados del pasado.

Las grandes universidades —grandes en el sentido de prestigiosas— mantuvieron con buen criterio la teoría política análogamente a como lo hacían con la teoría física o matemática. Pero, con todo, en algunas de ellas se ofrecerá como sucedáneo una teoría política *positiva*, la cual venía ser una herramienta sobre la que apoyar los nuevos métodos de investigación empírica.

También en algunos casos aparecerán pensadores sobre lo político que no pretenden ahondar demasiado en la realidad ni avanzar más allá de la conducta externa de las personas, ya que trabajan pensando en hacer posible una explicación de los hechos que sea comprobable en el laboratorio. Ejemplos famosos son Harold Lasswell, Gabriel Almond, Harry Eckstein y

Robert Dahl. Un caso especialmente visible es el del canadiense David Easton, nacido en Toronto en 1917, doctorado en Harvard y catedrático en Chicago, cuya teoría política pretendía explicar la vida de una manera que permitiera su estudio científico. En la jerga de las universidades norteamericanas, los teóricos clásicos pronto pasaron a conocerse como “los filósofos”.

Lo cierto es que, con el tiempo, la teoría política se fue reduciendo cada vez más a una indagación sobre cuestiones de procedimiento, de métodos y de su validez. La única teoría admitida por la moda era la de los expertos que, como los arriba mencionados y muchos otros —James M. Buchanan, David B. Truman, Ted R. Gurr, Karl W. Deutsch, Robert Lane—, construían visiones teóricas para ser aplicadas como herramientas en la investigación práctica. Son aquéllos que Sheldon S. Wolin llegó a calificar de *methodists*.

Afortunadamente no todo el mundo se dejó arrastrar por esta moda, casi una pequeña dictadura que traía escondida la intención de proclamar que la vida política no era tan compleja —ni debía ser tan revolucionaria y violenta— como los europeos la habían pintado.

Son cuatro las figuras más relevantes en esta labor de resistencia y conservación de una tradición de discurso en teoría política. Ellos se preocuparán de mantener y demostrar con sus obras la necesidad de profundizar en los orígenes de la política, en replantearse en cada época las grandes preguntas de la vida a la luz de los nuevos tiempos que se van sucediendo. Las necesidades de la población, lejos de ser objetos medibles, son realidades cambiantes, apoyadas en los deseos humanos; por eso, no bien acaban de satisfacerse unas, cuando ya están brotando otras nuevas. En los escritos de estos cuatro grandes teóricos, la antropología política que subyace en la investigación empírica quedaba en evidencia por su pobreza o por su falsedad.

Leo Strauss, Eric Voegelin, Hannah Arendt y Sheldon S. Wolin son los grandes de este trabajo benemérito que impidió la destrucción de un saber necesario. Hoy, pasada la tormenta, la teoría política vuelve a estar en el lugar que le corresponde. Las universidades miran de nuevo a ella como antídoto, que diría Quintiliano, frente a la inanidad en que está desembocando el positivismo y el historicismo en el que han llegado a caer gran parte de las investigaciones.

Por cierto que el propio Quintiliano nos puede servir de ejemplo. Si hasta Johann Sebastian Bach compuso su maravillosa *Ofrenda Musical* siguiendo las enseñanzas de este *rétor* hispano, cabe preguntarse por qué maestros tan grandes como él no han sido traducidos al español con puntualidad y respetados adecuadamente.

Desde la *temperies* latina podemos estar contentos de que también entre nosotros se esté produciendo una reacción semejante. Y, en este sentido, *Foro Interno* ha querido rendir homenaje a la *Historia de la Teoría*

Política de Fernando Vallespín (Alianza, 1991) y a la revista *Metapolítica* que dirige César Cansino en México como dos buenos ejemplos, muy meritorios, de una defensa digna de esta misma necesidad. Sobre el primero, se incluye en el presente número un trabajo que lo rememora. Y acerca de la excelente revista mejicana, escribiremos en el próximo número.

Apresurémonos a decir que la aportación de la teoría no viene a cancelar nada ni niega la importancia de la investigación empírica; por el contrario, siempre la ha visto como una rama necesaria para contribuir a esa ingeniería política que tanto necesitan las sociedades democráticas. El propio Voegelin se proclamaba a sí mismo como empirista. Lo que ocurre es que la teoría nos enseña que es necesario un cultivo constante de aquellos maestros que vieron y comprendieron verdades muy profundas del animal de polis y pusieron ese caudal de saber —ese *arroyo de oro* en expresión de Miguel de Molinos— a disposición de la posteridad. Como sucede también en la formación de los músicos, el tratamiento de los ritmos y armonías de la vida pública resulta indispensable tanto para el *statecraft* del ingeniero como para el *selfcraft* del ciudadano. Cada época debe hacerse esas preguntas básicas sobre la vida de las que surge un conocimiento imprescindible.

Foro Interno se une a esta inquietud por recuperar el estudio respetuoso de esa tradición, por reabrir el caso de la retórica, por renovar la inspiración teórica en nuestro nuevo siglo. Ello requerirá —como ya piden casi a gritos nuestros alumnos— una ciencia política que cuide de la verdad y muestre cómo son las cosas. Probablemente tendrá que dejarse a un lado la práctica de enseñar las cosas sólo *como si fueran verdad*. Ese desquiciamiento de la doble verdad, por un lado la del aula y por otro la de la plaza, el mercado o la autopista, repercute en los estudiantes y en los profesionales. Y lleva a un mundo universitario y social de *abandonismo* en el que unos abandonan a otros y otros a unos. Un ambiente en el que se *dice* ya poco en el sentido retórico. La verdad está ausente y lo que rellena el aire es el imperio del *loquor*, sociedades convertidas en locutorios estridentes o agotadores.

JAVIER ROIZ,
noviembre 2003